

Un bello mundo truncado

Cuán verde era mi valle (Richard Lewellin)

Bello era mi mundo, la casa en que vivíamos, rosa y celeste. Bellos mis vestidos, sus zapatos, mis medias, sandalias, mis collares. Bella era mi vida, bello era mi amante. Todo un mundo echado por la borda aunque alcanzo todavía a divisarlo. Quisiera saber qué les dijo, cómo recobró su libertad, así me arrancarí el veneno que todavía me atraganta. Qué no daría por saberlo y aclarar las viles mentiras que de seguro debió contarles. Aunque confieso que a veces juego a simular que nuestro mundo está intacto todavía. Riego entonces nuestras flores, recojo sus libros que nunca guardaba, guardo sus pantuflas, remiendo sus calcetas, acomodo las sábanas de su cama, de nuestra cama.

Luce todo ahora tan desordenado, los hombres no son prolijos. Continúo por eso sacrificándome y haría más pese a que no me gustaban sus lecturas, me cambiaba por ellas. Hoy por eso disfruto cerrándole el libro que lee, ahora no puede evitarlo. No puede evitar tampoco que esconda su marcador o que manche con tinta el renglón donde va leyendo. Son pequeñas venganzas, como la de su escopeta que le escondo, aunque sé que ahora no la usa. Para qué si ya no están los amigotes con que alardeaba diciendo que ésas eran cosas de hombre. Dios, cuánto llegó a desilusionarme. Me ignoraba y nada más cruel que la persona que Amamos deje de tomarnos en cuenta, aunque yo ya no sé si lo quería, estábamos llegando a un punto donde nuestra relación no podía sostenerse. Me quedaba sin espacios, sin un lugar. Nada.

Ismael entraba y salía y hacía como si no me escuchara, como si no pudiera verme. Leía y releía sus libros malditos y partía de farra con sus amigos cazadores. Estábamos juntos pero de qué valía si era como si yo no existiera. Tenía gracia, me había convertido en un fantasma, pero no hiciera amago de salir, porque allí venía él a interrogarme, ¿a dónde vas, quién te autorizó?

Me ha defraudado tanta gente, incluso algunos de esos que prometen ser fieles. Fieles... ironías. Ismael, por ejemplo, que ovillaba lana conmigo, que hizo tarjetas con mi nombre junto al suyo. No podía esperar de él algo como eso, querría guardarlo de secreto pero ya ven que no consigo callarme. Hoy me entristece pensar que por él me privé de tanto, aunque debo decir en su favor que fue un tiempo hermoso. Me veo en la obligación de reconocerlo. Al principio, se mostraba posesivo, no pretendo ocultar que eso me halagaba. Sin embargo su constante presión empezó a ahogarme. Además a él le molestaba mi independencia, mi vida tan propia, le indignaba sobre todo mi trabajo. Estuve a punto de caer en su juego y dejar la televisión, la sección de maquillaje, porque entendí que eso era lo que más odiaba él: que yo me rozara con gente distinguida, con tipos importantes. Duras las habría visto, mucho más duras de cómo las veo ahora con mi bello mundo truncado. A veces me repito para grabarme en la frente que fue mejor así, y me rebano con nudos los dedos para jamás olvidarlo, pese a todo termino pensando siempre en que aún lo amo, en que debo amarlo. Pero no, ya no, quizá nunca lo quise, o falso, yo lo quería, pero se me ocurre que fui para él apenas una "cosita" que mostraba a sus amigos para sentirse importante.

Y si lo siento tanto por mí, lo siento también por él, porque cómo decirlo sin que parezca que intento difamarlo. La verdad, él ya no podía, ya no estaba preparado. Y lo peor: lo disfrazaba diciendo que yo no lo excitaba. Absurdo, en vez de enfrentar su problema prefería esconderlo con esa basura, recurso pobre de acabado, disfraz de su decrepitud.

El día maldito de nuestro rompimiento, de vuelta del trabajo, sin más que hacer me había puesto a ver televisión, pero entonces lo escuché yendo a ducharse y me dije que si él pensaba salir por qué yo no. Como estaban las cosas cada cual tendría que hacer su vida por su lado. Era una lástima pero ya qué importaba, había que asumirlo. Me encerré para arreglarme e irrumpió pateando la puerta como verdadero energúmeno, derramó mis pinturas, los pedazos del cerrojo quedaron esparcidos por el suelo. Venía desnudo, le salían llamaradas. “¡Quiero que me lo beses!”, bramó. “Que me lo beses”, ¿se dan cuenta? Y qué iba yo a besarle nada si estábamos peleados. Además, cómo así no más, cómo. “¡Te volviste loco!”, le grité, y él, “¡que me lo beses, dije, que me lo beses!” Grotesco, imagínenlo: chico, gordo, desnudo y encima viejo, cómo estaba de viejo. “No te hago nada y te vas”, le dije, pero se me abalanzó cual fiera. Traté de escapar pero me alcanzó de cuatro pasos y empezó a tirarme de la ropa. Estúpido, era toda ropa nueva: una blusa de viscosa, un pantalón de lino blanco. Quedó todo hecho trizas mientras la bestia trataba de obligarme a que le acariciara su oruga asquerosa. Es que eso era lo que él tenía a esa altura: una oruga ciega y gorda que, yo creo, ya no era siquiera capaz de sentir.

“¡Suéltame, abusador!”, le gritaba, y él “que no”, “que me lo besas”, y me apretaba y apretaba para que abriera la boca. Me tenía medio de rodillas cuando su hedor me golpeó el rostro. Sentí náuseas y arcadas. Es que no era olor sino hedor, y por eso mordí, sí, mordí. Fue un sólo mordisco con rabia y un chorro salado me inundó la boca, tuve que escupir. Al mismo tiempo, él lanzó un alarido y no paró de gritar y aullar corriendo de allá para acá, mientras yo, como pude, agarré una pollera para echarme a la calle.

Y corrí. Corrí más de tres cuadras antes de atreverme a mirar a atrás. Media docena de mocosos que jugaban en la vereda empezaron a burlarse, qué debo haber parecido con la falda puesta a medias, la blusa rasgada y la boca manchada en sangre. Entré al baño de un restaurante donde me arreglé lo mejor que pude. No tenía zapatos ni cartera, ¿qué podía hacer? Pero se lo merecía, espero que lo entiendan, se merecía eso y mucho más. Y pensar que yo le había sido fiel por tanto tiempo.

Salí del baño a explicarle al señor de la caja que debía avisar de un accidente, pero él mismo tuvo que llamar, porque a mí los dedos me temblaban. Sólo pude decirle la dirección mientras él discaba el teléfono, era nuestra dirección, la de nuestra casa, la de nuestro mundo bello truncado. Me lancé después a la calle, un taxista me trajo gratis de vuelta porque se dio cuenta de mi estado. “¿Qué le ocurre?”, él me preguntaba insistente mientras me observaba por el retrovisor, pero yo nada podía contestarle.

Bajé del auto y sólo atiné a asomarme para ver si ya habrían llegado a socorrerlo. Nunca lo hubiera hecho porque allí estaba el cobarde con su famosa escopeta de dos cañones, la misma que ahora le escondo. No alcancé siquiera a darme cuenta: disparó. Fueron uno, dos, tres estampidos. Sentí una quemazón en el estómago y me fui de boca al suelo, pero el infeliz en vez de socorrerme, sangrando como estaba con su miembro mutilado, corrió los cinco pasos que nos separaban y con un trueno mayor me abrió el cráneo.

Se acababa mi mundo y sin embargo juro que seguía escuchando, que seguía sintiendo. Eso fue lo que más me dolió, el golpe bajo a mis entrañas: mientras me daba de puntapiés lo oí que una y mil veces gritaba, “para que no seas marica, mocoso infeliz”, ¿podrán creerlo?, “para que no fuera marica...” Después, en un gesto que deploro me empujó hacia abajo gritando, “desgraciado, mocoso desgraciado...”

Fui infantil, fui tan iluso, avestruz cabeza al pavimento. Jamás quise asumir ni entender: él era como todos, los hombres son todos iguales al final siempre te desprecian. No importa lo que hagas ni cómo lo hagas, te pagan mal, siempre mal. Hoy lo grito al mundo para que todos sepan cómo el nuestro que era bueno en apenas un pestañeo ya se había rasgado por completo. Si alguien se interesa en nuestro caso, que me busque y me diga si tuve la razón, y si no la tuve, que me ayude a encontrar alguna con que me pueda exculpar.